

Sahilá

José García Noval

Sahilá es una población de colonos, migrantes de la Costa Sur, ubicada a unos 15 kilómetros al norte de Río Dulce. La conocí a finales de 1987 cuando realizaba una investigación en salud. El pueblo reproduce historias de sueños. La caída de Jacobo Arbenz representó, para algunos de los trabajadores de las grandes plantaciones y parcelarios de la Costa Sur, el incumplimiento del eterno sueño de los pobres: posibilidad de tierra propia y construir una nueva vida más prometedor y digna. Sin embargo, en 1969, durante el gobierno de Méndez Montenegro algunas familias de la costa sur, reavivaron la esperanza. Un abogado idealista, el licenciado Antonio Colom Argueta, se encontraba al frente del Instituto Nacional de Transformación Agraria. Heredero de los anhelos de octubre, Colom se tomó en serio su trabajo. Descubrió las tierras sin dueño de Sahilá y pensó que era lugar de conquista. Sabía que los campesinos del sur tenían la convicción y fuerza para transformar selvas hostiles en plantaciones diversas y poblaciones activas, repletas de niños mocosos y juguetones, hombres bronceados y musculosos por el trabajo de campo y de mujeres trabajadoras, vivaces y coquetas de la cultura costeña. Había que luchar contra la soberbia de la tupida vegetación, había que roturar la tierra, pero sobre todo no escapaba al funcionario, que una vez vencida la resistencia de la naturaleza, en ardua y digna batalla, aparecerían los cuervos.

La caravana arrancó de la costa sur el 19 de marzo de 1969, cuenta don Nemesio Godoy Cruz, que siendo del "Comité Pro Tierra" formado por un grupo de campesinos, hizo las gestiones ante el INTA. Cuenta que una noche se detuvieron a acampar en las márgenes del Río Dulce. Sólo los ojos que han estado frente a ese río, en noche despejada y de luna llena, pueden describirle al corazón su asombro. En una fracción de segundo las pupilas se dilatan y absorben un universo de señales. Allí, los colonos, hombres y mujeres con un niño cargado en un brazo y otro niño descalzo tomado por la mano, hacen un infinito minuto de silencio mirando la otra ribera del río. No necesitan alzar los ojos al cielo para divisar Orión y la luna llena. Casi sin inclinar los ojos ven el brillante reflejo en el lecho del manso río. No saben si es imagen en espejo o es otra luna y otra constelación que nace del fondo de las aguas o del fondo de la esperanza. Orión casi habla, casi lo tienen enfrente y les señala el norte, es un norte cercano al otro lado. Pero no es ese "siempre al otro lado", al otro lado del Suchiate o del Río Bravo, o al otro lado de la vida y de la resignación. Ahora es, solamente, quince kilómetros más allá. Ven, al otro lado del río la densa vegetación. Saben de la dignidad de ese rival, a la vez temible y generoso. Saben que es una selva llena de vida y de peligros. El saraguato, el coche de monte y la serpiente. Pericas y tepezcuintles. Pero ningún peligro o presagio de trabajo agotador aplaca la ilusión.

De pronto, el "licenciado" los saca temporalmente de su hipnosis. Subido en un tractor don Nemesio recuerda la arenga: "*Señores, su tierra es de ustedes, cuídenla porque va a salir una carretera que va para Petén y muchos ricos van a querer sacarlos a sombrerazos... desde*

Río Dulce a Modesto Méndez es nacional, señores". Y tenía razón. No era brujo, simplemente la vida le había enseñado. Los sueños de octubre se le habían derrumbado y ahora era el tiempo de reconstruirlos. Sabía que la codicia es veneno más mortal que el de las serpientes, y que el imperio y los terratenientes la producen en exceso.

Años después, don Nemesio confirma los temores, pero con la satisfacción de quien no ha perdido la lucha. Levantaron el pueblo a 5 kilómetros de la carretera, abrieron la brecha que convirtieron, después, en camino de terracería. Descamparon lo necesario, roturaron y sembraron. Construyeron casas de madera y lograron la instalación de un Puesto de Salud. Pero cuando todo el trabajo estaba hecho llegaron los cuervos y las aves de rapiña a pretender comerse el grano fresco. Son los depredadores que no pueden llenarse los ojos "*con la inmensa ternura de los surcos florecidos*" que estimulaban las pupilas del poeta¹. Entre los cuervos había políticos y coroneles, pero "los Hombres de Maíz" habían echado raíces. Y se quedaron.

Después de dos o tres viajes por Sahilá, un compañero me informó que tenía conocimiento de un "brote" de epilepsia en Sebilá, población cercana a Sahilá. En ese tiempo (1988) yo exploraba sobre el tema en distintas poblaciones del país, con el fin de diseñar una investigación epidemiológica sobre cisticercosis cerebral.

No fue difícil convencer a Myrna para que me acompañara. Ella andaba con la "onda" de querer estudiar enfermería y hacer trabajo comunitario en salud. Decía que necesitaba hacer algo más concreto con la gente, que lo que hacía como antropóloga a veces le dejaba la sensación de trabajo de "extracción". No dudo que lo hubiera podido hacer. Cuando me acompañaba a Sipacate le sentía un entusiasmo contagioso y la vi "meterse" en el mundo de la gente con mucha facilidad.

Viajamos en un pequeño pick-up Toyota de cabina para dos. Como todos los viajes, este fue animado hasta llegar ya al anochecer al pequeño hotel del Castillo de San Felipe, en Río Dulce, que nos había servido de guarida seductora en una ocasión. No pudimos quedarnos en ese hotel porque no había agua. Ese hotel, a pesar de estar en un lugar turístico, casi siempre estaba medio vacío y era extremadamente modesto. Sin embargo, era tranquilo y pintoresco. Rodeado de la obscuridad de la vegetación y los ruidos de chicharras costeras, era un lugar privilegiado para contabilizar las estrellas del firmamento. En el comedor sólo recuerdo a un "gringo perdido" del Cuerpo de Paz, bebiendo cerveza y conversando como quien es parte del lugar.

¹ Del poema "Padre nuestro maíz" del médico Werner Ovalle López, quien me dio mi primera clase, de biología, en el primer año de la Facultad de Medicina de la Universidad de San Carlos de Guatemala.

Al salir, en busca de otro lugar para pasar la noche, le tapo los ojos a la Myrna y le digo: -"Chata", sin mirar al cielo, decime ¿dónde está el norte? Señaló un lugar y no acertó. Luego le dejo ver el cielo tupido de estrellas y corrige el rumbo. Sin mencionarlo, ese juego de recordar a Orión era una forma de recordar a "Nacho".

Muy cerca, justamente al lado de la carretera, estaba un hotel de paso, donde pernoctaban sobre todo trailers y comerciantes. Sabíamos de los inconvenientes de ese tipo de hoteles con su permanente ruido de pasos de gente que entra y sale a cualquier hora, pero el cansancio y el buen espíritu nos hizo ver el lugar como el que corresponde al tipo de misión que nos movía. Lo primero que hicimos fue darnos un baño, de agua que brotaba de potente regadera, para refrescarnos de todo el sudor y calor acumulado. La luz del corredor nos alumbraba los rostros a través de una especie de tragaluz que atravesaba la parte alta de la pared. Alumbraba especialmente el rostro de Myrna, aunque quizás su rostro se iluminaba sólo con sus pupilas, sus ojos rasgados concentraban la salida de una potente luz. De nuevo, me hice la pregunta sobre algo que siempre me intrigó ¿Qué fue lo que en el paso de algunos años cambió, seguramente más en mí, que me permitió percibir con más fuerza ese intenso juego de luces y explosión de chispas de sus ojos y su sonrisa?

Temprano en la mañana y después de desayunar mojarra frita en un changarro a la orilla de la carretera, viajamos a Sahilá. Ahí tendría que encontrarme con el responsable del puesto de salud, un estudiante de último año de la medicina de apellido Chew, quien conocía el camino a Sebilá. Por ser la cabina del pick-up muy pequeña, Myrna se quedaría en Sahilá pasando el tiempo como pudiera.

El camino a Sebilá pasaba por varias haciendas ganaderas y terminaba bastante antes de alcanzar la población. Dejamos el vehículo hasta donde encontramos algunos tractores que trabajaban para la continuación de la carretera. Estábamos prácticamente en la frontera agrícola y sentíamos la fuerza de la tupida selva cercana. En el tope del camino, una señora Keqchí preparaba alimentos para los trabajadores de caminos. De ahí en adelante teníamos que caminar. Yo confiaba en la guía del joven estudiante, me puse en sus manos creyéndolo conocedor del terreno, lo cual fue un gran error. Llegamos a Sebilá sin novedad, el calor no había sido muy intenso por la temprana hora y la sombra de los árboles.

La aldea era pequeña, buscamos al promotor de salud, un joven cojo y vivaz que, a la vez, cumplía funciones de comisionado militar. Oficio que, aunque mal visto en otras regiones, ahí no tenía mayor significación. El hombre más bien parecía concientizado por su trabajo como promotor y las reuniones y discusiones con los equipos de salud del área. Se quejaba de los problemas que tenían para trasladar enfermos al puesto de salud de Sahilá cuando los hacendados o sus empleados ponían obstáculos para atravesar las fincas por el camino que antes años habían utilizado con libertad; habían perdido el "derecho de paso".

Cuando no lograban franquear las puertas tenían que ir por otro camino que triplicaba el tiempo de viaje.

Visité varios ranchos donde supuestamente había epilépticos y, efectivamente, los encontré. Los ranchos son los más grandes que he visto en Guatemala, como todos de un sólo ambiente que incluye el sitio para el comal. Los habitantes pobres de solemnidad y muy pocos hablaban castellano pero, eso sí, llenos de encanto humano. La mujer joven que examiné en su rancho padecía de una palidez preocupante por la anemia típica de los mal alimentados e infestados de uncinaria.

Terminamos pronto nuestro trabajo, cerca del medio día. El retorno no fue tan agradable. Además del fuerte calor, Chew, mi guía, se desorientó y nos perdimos. Nos encontramos de pronto en un punto donde recibíamos la inclemencia de un sol paralizado en su zenit. Me di cuenta que ese día había cometido la estupidez más grande de mi vida, confiado, dejé de hacer lo primero que siempre hacía: llevar agua suficiente para el camino. Me reprochaba no haber cumplido con la primera recomendación de mi catálogo de caminante. De pronto, la salvación, a lo lejos, como un espejismo divisamos gente que se acercaba, era un campesino y su hijo que nos corrigieron la ruta. Ya sobre la vereda bien marcada y protegida por la sombra de los grandes árboles, sedientos y cansados sabíamos que llegaríamos. Chew se disculpaba por no ayudarme con la carga porque ya no podía más. De pronto vimos un riachuelo frente a nosotros con unos cerdos río arriba que tranquilamente gozaban del agua. A punto estábamos de tirarnos a beber en el río cuando, a unos cuantos metros, sobre un montículo apareció una mujer con algo en la mano haciéndonos señas. Era la mujer Keqchí que preparaba alimentos para los camineros. Nos recibió con las manos extendidas sosteniendo un guacal lleno de agua de arroz. No es mentira si digo que fue lo más fresco que los dos estúpidos caminantes bebimos en nuestra vida.

Pero esa imagen, de la mujer ofreciendo el agua, tiene algo de inolvidable para mí. El gesto de los brazos extendidos y, de nuevo, el gesto de encanto del rostro, reforzaba la convicción de que lo más importante es ser. Que en cualquier rincón de la tierra y especialmente en los más olvidados, se ejerce vivamente aquello de que nos hablan los filósofos: que sólo soy mientras soy con el otro.

Ya era tarde y pronto entraría la noche. Llevaba la preocupación de haber dejado a Myrna sola y que podría estar aburrída. Sabía que de cualquier forma la encontraría sonriente, que teniendo en cuenta lo que yo estaba haciendo intentaría mostrar su mejor humor. Para colmo de males, encontramos la puerta de una hacienda cerrada con cadena. Tuvimos que ir con el administrador a darle explicaciones de quiénes éramos para que nos abrieran. Ayudó que supieran que yo era médico y que, además, en una plática que hicimos jovial vieran la maleta con tubitos de ensayo con muestras de sangre.

Cuando llegamos a Sahilá me fui a inquirir por Myrna. Una señora me informó: *¡ah! la chinita*, se fue a pasear a caballo. Esa fue mi segunda tontería, pensar que podría aburrirse y esperar pacientemente mi retorno. No terminaba de hablarme la señora cuando veo una mujer ágil galopando hacia donde yo estaba. La cara de Myrna era de alegría y como siempre la pregunta *¿y a vos, como te fue?*

El retorno fue ameno, relatos de experiencias, las más que hicieron que sus ojos rasgados se abrieran y provocara preguntas; las de ella que me describen el hermoso paisaje del peñón donde culminó su cabalgata. Terminamos cansados y satisfechos hasta dormir profundamente en Longarone.